

enormemente desreglada constituye racional presunción de faltar la verdadera fe en órden á los novísimos. La segunda, porque los hombres que desbocadamente siguen el impulso de todas sus pasiones, poco á poco van contrayendo tal ceguera de entendimiento y tal dureza de corazón, que al fin quedan capaces de la acción de quitarse la vida, aún con la certeza de su eterna perdición, sin que la dureza ni la ceguera los disculpen, porque son voluntarias en la causa.

Concluyendo, pues, digo, que en mi sentir nadie se mata á sí mismo sin alguna de las tres expresadas cegueras, ó ceguera de error contra la fe, ó ceguera natural, esto es, demencia, ó en fin, ceguera voluntaria, adquirida por una vida torpísima, cuyo efecto y cuyo castigo es á un tiempo mismo, aunque, á la verdad, esto último lo juzgo de rarísima contingencia, y acaso nadie llegó á este grado de ceguera y dureza sin padecer lesión en la fe.

## APOLOGIA DE ALGUNOS PERSONAJES FAMOSOS DE LA HISTORIA.

No sólo los sujetos cuya defensa emprendemos en este discurso son de diferentes tiempos, clases, sexos y profesiones, mas también son de diferentes especies los capítulos sobre que ha de caer la apología. Esta diversidad, atendida por sí sola, parece pedía para cada sujeto distinto discurso, y á la verdad sobre objetos no de mayor amplitud han compuesto algunos libros enteros. Pero, sobre que la infinidad de materias diferentes, que me he propuesto abarcar en esta obra, me precisa á ceñirme todo lo posible en cada una, juzgo que la conveniencia genérica de todas estas apologías me da libertad para colocarlas todas debajo de un título común. Ya he advertido lo mismo en el exordio del discurso antecedente, como también, que en esto prefiero á mi utilidad la del lector, el cual, si yo dividiese en muchos discursos lo que puedo comprender en uno, me pagaría, como si estuviese escrito, mucho papel en blanco, ú ocupado de las letras grandes de los títulos de tantos discursos, y yo con menor trabajo recibiría el mismo precio por el libro.

### § I.

#### EMPEDOCLES.

No dispueto si Empedocles fué buen ó mal filósofo, buen ó mal poeta, que una y otra facultad profesó. Tampoco si fué tan soberbio, que siempre se mostrase á los pueblos vestido de púrpura y coronado de oro, ó tan vano, que captase honores divinos; si sólo si fué tan locamente ambicioso, que secretamente se arrojase en las llamas del Etna, para que no pareciendo su cadáver, creyesen los hombres que vivo había subido al cielo, y le adorasen como deidad. Esto es lo que se halla positivamente aseverado en infinitos libros, y viene á ser Empedocles un ejemplo de primera nota, ó ya se trate de las extravagancias de los filósofos gentiles, ó ya se moralice sobre la necia ambición de los mortales, como derivada de aquella sugestión de la antigua serpiente á nuestros primeros padres, *sereis como dioses*. Esta noticia viene de dos escritores griegos muy antiguos, Hippoboto y Diodoro de Efeso, y de ellos se ha difundido á griegos y latinos. Trivial es lo de Horacio:

..... *Deus immortalis haberi*  
*Dum cupit Empedocles, ardentem frigidus Ætnam insilit.*

Una de las reglas elementales de la crítica es, que cuando sobre un hecho se encuentran diferentes opiniones históricas, se elija la que más dista de lo inverosímil; por lo ménos si el exceso de verosimilitud no se halla contrapesado en la opinión opuesta con igual ó mayor exceso de autoridad. Pero esta regla, tan claramente dictada por la luz natural, veo que frecuentemente se abandona, en tanto grado, que algunos escritores parece hacen empeño de seguir la contraria, lo cual depende de que lo inverosímil, como sinónimo de lo prodigioso, aunque ménos apto para conciliar el asenso, sirve para dar lustre al escrito, y aman, no la verdad, sino la ostentación.

En nuestro asunto tenemos un ejemplo. Es verdad que los dos autores citados refieren lo que se ha dicho de la muerte de Empedocles; pero otros tres, no ménos autorizados, y pienso que más antiguos, Timeo, Neantes de Cícico y Demetrio Trecentio le atribuyen otro género de muerte, sin comparación más verosímil. Pues ¿por qué no han de ser creídos éstos antes que aquellos? La inverosimilitud de lo que refieren los primeros está saltando á los ojos. Considérese á Empedocles á la margen del volcan, presente aquel océano de fuego á la vista, y una muerte horrible á la imaginación. ¿Es creíble, que por una felicidad imaginaria, y ni aún imaginaria, pues bien sabía que murió, ningún gozo podía percibir de aquel error de los hombres, por un ente de razón conocido como tal, por una quimera se precipitase en aquel abismo de azufre y llamas? Digo que no.

Pasemos más adelante, permitiendo la verosimilitud. ¿Quién vió el suceso? Nadie; que eso se da por asentado; pero dicen se colige, porque por más diligencias que se hicieron en busca de su cadáver, nunca pareció. Otros dicen lo contrario. Y aún Timeo, bien lejos de conceder que muriese en Sicilia y en las cercanías del Etna, refiere, que habiendo pasado al Peloponeso, allí murió. Mas demos de barato su muerte en Sicilia, y la desaparición del cadáver. ¿No pudo éste desaparecer sin que se lo sorbiese el Etna? Demetrio Trecentio dice, que paseando á la orilla del mar, como era ya viejísimo, resbaló, y cayendo en el agua, quedó sumergido. Vé aquí desaparecido el cadáver con causa mucho más verosímil.

No fué eso, me dirán; porque hubo seña manifiesta

de que se había arrojado en el Etna. Es el caso, que poco después el ímpetu de la llama arrojó fuera uno de sus zapatos. Así lo refiere Hippoboto. Insigne patraña, aunque lo dijese quinientos Hippobotos. La llama del Etna, á quien no resiste la dureza de los mármoles, ¿había de respetar y dejar ilesos, aún por brevísimo tiempo, los zapatos de Empedocles. Dicen que eran de metal. Efugio, sobre ridículo, inútil. Doy que aquel filósofo, ó por distinguirse en todo de los demás hombres, ó por otro motivo vano, tuviese la extravagancia de calzarse de metal. ¿Indemnizaba esta circunstancia sus zapatos de la voracidad del volcan? De ningún modo. Sábese que su valentísima actividad en un momento licúa los más rígidos metales. En el espantoso vómito de llamas, que tuvo el Etna cerca del año 1663, salió de él un rio de metal licuado, que llegó hasta la ciudad de Catania. Entre otros experimentos, que se hicieron del violentísimo calor del metal derretido, fué uno el de meter en él una espada, y en el instante mismo se licuó la porción de ella que se había sumergido.

Viene á este propósito el chiste que refiere el padre Dechales, de un español, el cual haciendo reflexión sobre que los volcanes duraban tantos siglos, y que no hay materia alguna que no se consuma en el fuego sino el oro, coligió ser oro derretido todo lo que arde en los volcanes. Con este pensamiento, persuadido á que había discurrido un modo fácil de adquirir inmensas riquezas, hizo una caldera fuerte de hierro, y pendiente de una cadena del mismo metal, la entró por la boca de un volcan, para sacarla llena de aquel oro licuado. ¿Qué sucedió? Que al momento que la caldera tocó aquella encendida masa, no sólo ella, mas buena porción de la cadena se derritieron, y el cándido hombre se halló burlado con otra porción de cadena en la mano. Tan activa y tan pronta es la fuerza de aquel ardor. Así, mejor le estuviera á Hippoboto fingir que los zapatos de Empedocles eran de amianto.

### § II.

#### DEMÓCRITO.

La opinion vulgar ha transformado á este filósofo en un pobre maniático, en un bufon extravagante, que pasaba la vida en continuas carcajadas, y por reirse de todo, se hacia irrisible de todos; á lo que ha sido consiguiente juzgarle poco ménos ignorante, que ridículo. Sin embargo de estar tan establecida esta opinion, es fácil demostrar, que en el fondo fué Demócrito uno de los personajes mas serios y de mayor talento que tuvo la antigüedad. Esto acreditan su aplicación al estudio, su modo de vivir, la estimación que de él hizo su patria, y su vasta sabiduría. Todo lo que vamos á decir en defensa suya, consta de Diógenes Laercio, de Ateneo, de Valerio Máximo, Ciceron y otros.

Su aplicación al estudio fué tanta, que le tenía en un continuo recogimiento. Apenas salía jamás de su casa, ni aún apenas en su misma casa se espaciaba, metido casi siempre en el cuarto de su estudio, leyendo, meditando y escribiendo. El deseo ardiente que tenía de adquirir más y más luces, le obligó á dejar por mucho tiempo, no sólo el recogimiento, mas también la patria,

para consultar los sabios de Egipto, de Persia, de Caldea; y como quieren algunos, aún los de la Etiopía y la India. Consumió en estas peregrinaciones todo lo que había heredado de su padre, que montaba á cien talentos. De vuelta á su patria, fué acusado ante los magistrados como dissipador de los bienes paternos, porque en aquel país se tenía éste por delito grave, y se castigaba privando al dissipador del sepulcro de sus mayores, como miembro indigno apartado de la familia. El modo de justificarse Demócrito fué singular. Escogió el mejor de los libros que había escrito (intitulábase *El gran Diacosmo*), y le leyó ante los magistrados, como que aquél era el fruto de sus viajes, y de todo lo que había expendido en ellos. Admiraron tanto los magistrados la profundidad de doctrina, que había en aquel libro, que dieron por bien expendido en adquirirla tan crecido caudal, y no sólo absolvieron á Demócrito, mas hicieron que del público se le contribuyesen quinientos talentos, y como á varon excelentísimo, se le erigiesen estatuas. Nótese si los jueces y la patria practicarían tan altas atenciones con un hombre caprichoso y truhan, por no decir semifatuo, que á todos momentos se estaba riendo de los jueces, de la patria y de todo el mundo.

La grande aplicación de Demócrito, acompañada de un genio sutil y vasto, le conciliaron tanta extensión de sabiduría, que no conoció otra igual aquella edad; pues al paso que de los filósofos de aquel tiempo, el que más abarcaba, sólo se extendía á la física, ética y metafísica, Demócrito á estas tres facultades añadió la medicina, la botánica, la geometría, la aritmética, la música, la astronomía, la poesía, la pintura y el conocimiento de las lenguas. Todo esto consta del catálogo de sus obras, que hallamos en Diógenes Laercio.

Pregunto ¿si las circunstancias que hemos insinuado de Demócrito caracterizan un bufon ridículo, ó ántes bien á un varon circunspecto, grave, serio, contemplativo y de muy superiores luces á las comunes?

Confieso, que la risa de Demócrito se ha hecho proverbio en el mundo, como nimia ó redundante, y que este proverbio fué ocasionado de las noticias que de este filósofo nos dejaron antiguos escritores. Con todo, digo, que esa risa tan decantada no excedió de lo que permite la gravedad filosófica.

Para cuya demostración se debe considerar, que cuanto hay de malo en los hombres puede reducirse á tres capítulos, que son: su malicia, su desgracia y su ignorancia, ó falta de advertencia. Estos tres males naturalmente mueven, en quien racionalmente los contempla, tres distintos afectos. La malicia, indignación; la desgracia, lástima; la ignorancia, risa. Según se determina, pues, la consideración á alguno de estos tres males, se mueve distinto afecto, y de aquí vino la gran diferencia característica, que todos notan en los dos filósofos de afectos antagonistas, Heráclito y Demócrito. Pintan á Heráclito lloroso en el mismo grado que á Demócrito risueño. Es que contemplaba cada uno distinto mal en el hombre: el primero, sus desdichas; el segundo, sus necesidades. Esto es lo que comunmente se dice; que yo á la verdad juzgo, que Heráclito no excedía de compasivo, sino de iracundo; ni fijaba la consideración en la desgracia, sino en la malicia de los hom-



bres. Consta esto de sus tres cartas á su amigo Hermodoro (lo único que nos ha quedado de sus escritos), en las cuales, tratando del mal gobierno y depravadas costumbres de la ciudad de Efeso, patria suya; no se ve el menor vestigio de afecto compasivo. En todo su contexto están respirando ira, indignacion y odio. En las mismas cartas se ve, que era presuntuoso en extremo, arrogante, soberbio y despreciador de todos los demas hombres. ¿Qué tiene esto que ver con la indole blanda y lastimera que se le atribuye? Finalmente, es constante, que de tedio de los hombres, se retiró á vivir solitario en los montes. Todo esto significa un genio tético, insociable, ceñudo, y que Heráclito merecia el epíteto que se dió al ateniense Timon, de *Misántropo*, esto es, *enemigo ó aborrecedor de los hombres*.

Pero que Heráclito estuviese ordinariamente llorando, como comunmente se dice, que riñendo, como yo siento, todo es uno para nuestro propósito, el cual se reduce á manifestar, que en Heráclito y Demócrito se movian distintos afectos porque fijaban la atencion en objetos distintos. Fuesen ó no justos el llanto ó ira de Heráclito, cuya apología no instituímos aquí, digo, que era razonable la risa de Demócrito. Miraba Demócrito á los hombres por la parte por donde son ridículos; consideraba sus necedades, sus simplezas, su presuncion mal fundada, sus vanos deseos, sus inútiles ocupaciones, objetos todos dignos de risa; porque, como dijo Aristóteles, es ridículo ó irrisible todo lo que es torpe sin causar dolor, *turpitud sine dolore*. La necedad y vanidad del hombre son torpes, y no le duelen, ántes está contento con ellas. Luego son objetos dignos de risa.

Si; mas puede la risa, aunque no yerre el objeto, pecar de nimia, y acaso eso es lo que se reprende en Demócrito. Respondo, que aun por esta parte la acusacion es injusta y fundada en una mera equivocacion. La risa tan decantada de Demócrito no fué tanto ejercicio como dogma; más fué objeto; que acto. Distingúese este filósofo entre los demas, no porque ríese más que todos los demas filósofos, sino porque puso atencion especial sobre las ridiculeces de los hombres, y hizo parte principalísima de su doctrina moral, la máxima singular de que las cosas humanas más movian á risa que á ira ni compasion. Fué fácil concebir muy inclinado á la risa á un filósofo que filosofaba de este modo, y de concebirle muy inclinado á la risa, fué tambien fácil el tránsito á concebirle riendo á cada momento; pero su genio solitario y vida retirada hacen prueba eficaz en contrario. ¿Qué sugeto muy inclinado al retiro se ha visto que fuese muy risueño? Parecen absolutamente inconciliables estas dos cosas. El que tiene mucha propension á reir, busca las ocasiones de ejecutarlo, y éstas se hallan en la compañía de los demas hombres, no en la soledad.

Confírmase que Demócrito era más serio que festivo, con un suceso suyo, que refiere Luciano. Decia Demócrito, que cuanto se hablaba de espectros, fantasmas y apariciones de espíritus, era fábula. Ciertos mancebos, ó para examinar si lo sentia así, ó para hacerle mudar de parecer, entraron en su cuarto de noche, haciendo representacion de diablos con máscaras y disfraces hor-

rendos, á que añadieron voces y movimientos correspondientes. Demócrito, que á la sazón estaba escribiendo, bien léjos de asustarse, sin detener la pluma, y aun casi sin dignarse de mirarlos, con voz severa les dijo, que dejasen de loquear, ó fuesen á loquear á otra parte, y sin articular otra palabra, fué continuando con gran serenidad su escritura. ¿Qué ocasion más oportuna para reirse Demócrito si fuese de genio algo festivo? Las matachinadas de los fingidos espectros eran aptísimas para excitar la risa en quien conocia ser todo fingimiento. Para una intontona de aquel género, era castigo más proprio una irrision jocosa, que una increpacion seria. En fin, en aquel objeto habia cuanto es menester para serlo de la risa; esto es, *torpeza sin dolor*. Pues ¿por qué no se rió Demócrito? ¿Por que no los zumbó? ¿Por que no hizo irrision de su mal forjada trama? Sin duda que su humor no le llevaba mucho á la carcajada.

No repugnaré que Demócrito riese algunas veces afectadamente, á fin de abrir camino para dogmatizar sobre las ridiculeces de los hombres; pero la risa afectada no se opondrá á la seriedad verdadera. Tambien concederé, que en algunas ocasiones, en que reiria de veras, se tendria su risa por extravagante. Tenia Demócrito por ridículas muchas acciones de los hombres, que los demas respetaban como muy razonables; calificaba de necedades las que otros miraban como discreciones. Reiria de ellas Demócrito, y los demas, que no penetraban como él la ridiculez que habia en tales objetos, por eso mismo le tendrian á él por ridículo.

En el discurso acerca de la *Voz del pueblo* dimos noticia de tres cartas de Hipócrates, en que éste refiere cómo los abderitas le llamaron para que curase á Demócrito, concidudano suyo, á quien por sus impertinentes risas juzgaban dementado; que Hipócrates fué á verle, y de la conversacion que tuvo con él resultó estimarle despues por un hombre supremamente cuerdo y sabio. Esto podrá servir de confirmacion á todo lo que acabamos de decir en abono de Demócrito. Pero valga la verdad: despues que escribimos aquello, hemos notado que muchos criticos se inclinan á que las expresadas cartas son parto suppositicio de Hipócrates; y así, no pretendemos aprovecharnos de ellas, de más que como un monumento incierto.

Una cosa debo advertir, y es, que en el lugar citado hay una expresion mia, que puede significar que la risa de Demócrito era en algun modo nimia. Y porque no se note de inconsecuencia, repito aquí lo que ya noté en otras ocasiones: que no suelo expresar mi particular dictámen en ninguna materia en que siento contra la opinion vulgar, sino cuando la trato de intento; cuando la toco por incidencia, me ajusto regularmente al comun modo de hablar. Este método es preciso para dejar corriente la letura, y no embarazar los discursos con cuestiones extrañas.

Otro chisme se ha suscitado contra Demócrito, que, á ser verdad, probaria más eficazmente su falta de juicio, que toda la multitud de carcajadas que le imputan. Refieren varios autores, entre ellos Aulo Gellio, que advirtiéndole que los objetos sensibles le distraian algo de la contemplacion de la naturaleza de las cosas, se

privó voluntariamente de la vista para discurrir con más atencion y profundidad. Confesaré sin dificultad, que tal resolucion sólo cabe en un seso depravado; pero Plutarco rechaza este cuento como fabuloso: *Illud quidem falsò jactatum est de Democrito, quod sponte sibi ademerit oculos, etc.* (Libro *De curiosit.*) ¿Qué necesidad tenia, para remover el estorbo de los objetos sensibles, de quitarse los ojos? No lograria lo mismo metiéndose en un lugar obscuro siempre que quisiese meditar? El poeta Laberio, dando por verdadero el hecho, le señaló otra causa. Dice, que se privó de la vista Demócrito por no ver la prosperidad de los malos, como si no consiguiese tambien lo mismo viviendo siempre retirado de todo comercio; fuera de que, cegarse por esa causa arguye un genio extremadamente desabrido y rabioso, en lugar del fresco y risueño que atribuyen á Demócrito. Ni es más verisímil lo que dice Tertuliano, que se cegó, porque no podia ver las mujeres sin movimiento de la incontinencia, y sin dolor cuando no podia gozarlas. Nada más ajeno del genio de Demócrito, de quien es constante, que nunca quiso casarse. Mal se sostienen las fábulas cuando se examina atentamente la verdad.

## § III

## EPICURO.

Floreció este filósofo en el tiempo que empezaba á arder la emulacion entre maestros y discípulos de varias sectas de filosofia. Mutuamente se hacian guerra unos á otros, ya con infieles interpretaciones de la doctrina, ya con falsas acusaciones de las costumbres. En el primer punto, muchos tienen por un insigne calumniador á Aristóteles. Pero compensósele con ventaja en el segundo, en que él fué atrozmente calumniado. En Epicuro halló más apariencias que en otros filósofos la malicia para autorizar la calumnia. Constituia Epicuro la suprema felicidad en el *deleite*; doctrina equivoca entre tanto que se mira en esta generalidad, porque el deleite es indiferente á honesto y torpe. Pero el vulgo comunmente, al oír la voz *deleite*, la determina á mala significacion, porque, segun su grosero modo de entender, apénas percibe otros deleites que los de la incontinencia y destemplanza, ó por lo ménos éstos tiene por los mayores. La ruda inteligencia del vulgo alentó á los émulos para infamar la doctrina de Epicuro, como que colocaba toda la bienaventuranza en la sensualidad y la gula. Fué fácil derivar luego la acusacion de la doctrina á las costumbres, porque siendo evidente que todos los hombres con apetito innato desean ser felices, era consiguiente que Epicuro buscaria con ansia aquellos objetos en quienes creia consistir la felicidad. Atribuyéndole, pues, aquel perverso dogma, era preciso inferir una vida conforme á él; esto es, consumida en lascivias, glotonerías y embriagueces.

Demas de la causa sobredicha, otras dos concurrieron á manchar la fama de Epicuro. La primera fué su errada y aun impia opinion en orden á la deidad. Decia Epicuro que habia dioses, pero dioses ociosos, ineptos, incapaces de hacer bien ni mal á nadie, sin providencia, sin actividad, sin influjo; y aunque confe-

saba que eran merecedores de culto, atribuia esta deuda precisamente á la excelencia de su naturaleza, separándola enteramente de toda dependencia ó agradecimiento; al modo que por la ventaja de su calidad obsequiamos á un noble, que no nos ha hecho ni puede hacer bien ó mal alguno. Confieso que éste era un poderoso motivo para pensar mal de la doctrina moral y aun de las costumbres de Epicuro, porque removidos el temor del castigo y la esperanza del premio, poca estimacion ó práctica de la virtud se puede esperar de los hombres.

La segunda causa del descrédito de Epicuro fué el relajado modo de vivir de algunos sectarios suyos, que torciendo la doctrina del maestro á favor de sus viciosas inclinaciones, persuadieron á muchos, que Epicuro habia enseñado lo que ellos decian, y vivido como ellos.

Sin embargo de todas esas preocupaciones, no quedó tan deplorada la causa de Epicuro, que algunos célebres autores no emprendiesen felizmente su defensa. Ocupa entre ellos un honrosísimo lugar nuestro famoso don Francisco de Quevedo, quien con testimonios de muchos claros varones de la antigüedad convence, lo primero, que Epicuro no constituia la felicidad en los deleites corpóreos, sino en los espirituales; lo segundo, que este filósofo, bien léjos de ser dado á la glotonería y embriaguez, era muy parco en comida y bebida, y ordinariamente pasaba con pan, agua y queso, ó algunas legumbres de su huerto; lo tercero, que vivió castamente y abstraído de los deleites venéreos. Como las obras de Quevedo andan en las manos de todos, omito repetir los testimonios que él alega á favor de Epicuro; pero añadiré dos de gran peso, que él omitió. El primero es de san Gregorio Nacianceno, el cual, en el xviii de sus *Jámicos*, justifica altamente, así la doctrina moral, como la vida de Epicuro. Éstas son sus palabras:

*Ipsam voluptatem putavit premium  
Epicurus extare omnibus laboribus,  
Mortaliumque tendere huc bona omnia,  
Ac ne ob voluptatem improbam hanc laudariet  
Quis crederet, moderatus et castus fuit,  
Dum vixit ille, dogma moribus probans.*

En castellano: «Epicuro juzgó, que el deleite era el premio de todos los trabajos, y que éste era el término de todos los bienes de los mortales. Y porque alguno no creyese que alababa el deleite vicioso, fué en toda su vida templado y casto, comprobando su dogma con sus costumbres.»

La autoridad de este padre es de especialísima consideracion en la materia, porque cursó en Atenas, donde habia fijado su escuela y habitacion Epicuro: así es verisímil, que allí hallase monumentos fieles de su doctrina y modo de vivir. Con esto se satisface á la objecion que contra Epicuro se forma, del desprecio con que hablan de él otros padres, como san Agustin, san Ambrosio y san Isidoro; los cuales, habiendo vivido siempre muy léjos de Atenas, escribieron sobre memorias inciertas, y creyeron buenamente ser de Epicuro algunos escritos torpes, que falsamente le atribuyó Diotimo, filósofo estoico y declarado enemigo suyo.

El segundo testimonio, omitido por don Francisco



de Quevedo, es del filósofo Chrisipo, coetáneo y émulo irreconciliable de Epicuro, y que en esta cualidad debe ser creído en cuanto testifica á su favor. Chrisipo, pues, citado por Stobeo, confesaba á Epicuro la prenda de casto, aunque malignamente la torcia en su oprobrio, porque lo atribuía á insensibilidad ó estupidez. Vivieron á un mismo tiempo en Atenas estos dos filósofos. Por vecino y por émulo, no podía Chrisipo ignorar los vicios de Epicuro. Si fuese lascivo, es claro que no le confesaria continente. No pudiendo, pues, negarle la partida de casto, desbarró su malicia por otra parte, y dijo, que su continencia no dependia de virtud, sino de estolidez.

Finalmente, propondré contra los calumniadores de Epicuro una reflexion, que me parece harto eficaz. Refiere Diógenes Laercio, que fueron innumerables los libros que escribió Epicuro; de modo, que ninguno de la antigüedad le igualó en la multitud de escritos. *Scriptis autem Epicurus infinita volumina, adeo, ut illorum multitudinem cunctos superavit.* (DióG. LAERT., libro x.) Dígame ahora el más preocupado contra Epicuro, si es verisímil que un hombre, que constituía toda su bienaventuranza en los deleites corpóreos, y por consiguiente todo entregado á la glotonería, á la embriaguez y á la lascivia, pudiese escribir tanto. Es claro que no, porque sus desórdenes le pondrian lo más del tiempo en estado de no poder tomar la pluma, y áun llegarían á inhabilitarle del todo, como ordinariamente sucede á los que profesan este género de vida brutal.

Réstanos decir algo sobre los tres capítulos propuestos arriba, en que se fundaron los infamadores de Epicuro. El primero fácilmente se desvanece, porque constando que Epicuro fué parco, sóbrio y continente, con evidencia se infiere, que no colocaba la bienaventuranza en los deleites de la gula y sensualidad. Él deseaba ser feliz, como con invencible necesidad desean todos los hombres; por consiguiente, si sintiese que la felicidad consistia en esos corpóreos deleites, los buscaría y abrazaría. Pero deslindemos este punto con más exactitud.

Dos partes hay que considerar en esta doctrina de Epicuro: la una cierta, la otra cuestionada. La cierta es, que colocó la felicidad en el deleite; la cuestionable es, en qué especie de deleite, ó en orden á qué objeto colocó la bienaventuranza. En cuanto á lo primero, estuvo tan léjos de incidir en un torpe error, como comunmente se piensa, que ántes habló con más propiedad y más filosóficamente que los demas filósofos del paganismo. De éstos uno constituía la bienaventuranza en las riquezas, otro en la dominacion, otro en los honores, otro en la salud, otro en la fama, etc. Generalmente, si se mira bien sobre errar en el fondo de la cosa, hablaban con suma impropiedad, porque tomaban por bienaventuranza, ya la causa objetiva, ya la instrumental de la bienaventuranza. Epicuro explicó derechamente la cosa por su misma esencia, no por sus causas. Constituyó la bienaventuranza en un acto del alma, en que concuerdan con él todos nuestros teólogos, y algunos áun en la especie del acto, pues colocan, como Epicuro, la formal felicidad en el acto de

delectacion, gozo ó fruicion; sentencia, que aunque no es de las más válidas en las escuelas, tiene probablemente los grandes apoyos de san Agustin y santo Tomás. San Agustin, en el libro i de *Doct. Christ.*, capítulo xxxii, dice, que el premio supremo que Dios da es el gozar de Él: *Hæc autem merces summa est, ut Eo perfruamur.* Y en el libro viii de *Civit.*, capítulo ix, sienta, que nadie es bienaventurado, sino el que goza el objeto amado: *Nemo beatus est, qui eo quod amat non fruatur.* Santo Tomás, 1.º 2.º, *quæst.* 33, artículo iii in *corp.*, distinguiendo entre el último fin objetivo y formal del hombre, dice, «que el primero es Dios, el segundo la fruicion, ó acto de gozar de Dios, el cual incluye en sí el deleite de poseer el último fin, y en este sentido se puede decir, que el deleite es el sumo bien del hombre.» *Optimum in unaquaque re est ultimus finis. Finis autem, ut supra dictum est, dupliciter dicitur, scilicet ipsa res, et usus rei, sicut finis avari est, vel pecunia, vel passio pecuniæ, et secundum hoc ultimus finis hominis dici potest; vel ipse Deus, qui est summum bonum simpliciter, vel fruicio ipsius, quæ importat delectationem quandam in ultimo fine; et per hunc modum aliqua delectatio hominis potest dici optimum inter bona humana.*

Supuesto, pues, que no erró Epicuro en colocar la humana felicidad en el deleite, sólo resta que errase en la designacion del objeto de ese deleite; y yo confesaré que erró en esta parte, pero afirmando al mismo tiempo dos cosas á su favor: la primera, que no erró con error prácticamente inhonesto, ó que tenga mala consecuencia hácia las costumbres. La segunda, que erró ménos que todos los demas filósofos gentiles. Lo primero, sobre constar de lo que dijimos arriba de la sobriedad y continencia de Epicuro, se prueba con sus mismos escritos. Entre los pocos, que por la diligencia de Diógenes Laercio se nos han reservado, está su carta á Meneceo, donde expone toda su doctrina moral, y en ella claramente explica, y áun inculca, que el deleite que pone por constitutivo de la felicidad, es únicamente el que resulta de la salud ó indolencia del cuerpo, y de la tranquilidad del ánimo, con exclusion positiva de todos los placeres vedados. Nótese especialmente estas palabras suyas, en que rechaza juntamente la maligna interpretacion, que ignorantes y émulos daban á su doctrina: *Constat igitur, quando voluptatem, beatæ vitæ dicimus finem, non intelligere nostras voluptates, quæ sunt virorum luxu affluentium, aut aliorum etiam, quatenus spectantur in ipsa actione fruendi, quæ nimirum sensus jucundæ, dulciterque afficitur, veluti quidam ignorantes, aut à nobis dissentientes, aut alioquin adversum nos male affecti interpretantur; sed illud dumtaxat intelligimus, non dolore corpore, ac animo non perturbari. Siquidem non computationes, comensationesque perpetuæ, non ipsa puerorum mulierumque consuetudo, non piscium delicia, aut quæcumque aliæ mensæ latioris cupiditæ jucundam vitam pariunt, sed quæ cum sobrietate, serenoque adeo animo, est ratio, causas, cur quid eligendum, fugiendumve sit, investigans, ac opiniones abigens, ob quas plurima mentes occupat perturbatio.*

Esta doctrina no conduce á desórden alguno en la vida, porque la salud del cuerpo y serenidad del ánimo licitamente pueden apetecerse, y varones muy espirituales positivamente desean y procuran una y otra. Es, sin embargo, errada, por constituir el último fin ó suprema felicidad en ellas; mas este error es comun á todos los filósofos gentiles, pues todos la colocaron en objetos criados. Por otra parte, digo, que el de Epicuro es el menor de todos los errores que hubo en esta materia, porque por lo ménos dió en el blanco de la felicidad, llamémosla así, sublunar, y ni áun este acertaron los demas filósofos. Porque considerese un hombre dotado de aquellas ventajas en que los demas colocaban la felicidad, riquezas, honores, aplausos, sabiduría, etc., podrá con todas ellas pasar una vida infelicitísima y misérrima; porque no sólo cada una de por sí, pero ni áun todas juntas le indemnizan de mil aflicciones, que pueden ocasionar innumerables accidentes adversos. Por sabio, rico y poderoso que sea, no podrá evitar que se le muera el amigo; que le sea infiel la mujer; que salgan estúpidos ó mal inclinados los hijos; que le muerdan los envidiosos, etc. Pero con lograr precisamente lo que Epicuro pretendia, salud del cuerpo y serenidad del ánimo, queda el hombre fuera de toda miseria. Suceda lo que sucediere, como se conserve el ánimo sereno, se puede decir que es feliz el sugeto, pues no padece alguna afliccion ó congoja.

Acaso me opondrán, como preferible á la de Epicuro, la sentencia de Zenon y los estoicos, que colocaban la felicidad en la práctica de la virtud. Digo, que esta doctrina es de bello sonido, pero falsa y ridícula en el fondo. Yo tengo creído que los estoicos fueron los ménos sinceros entre todos los filósofos. Un gran crítico de estos tiempos les dió, con gracia y propiedad, el nombre de *fariseos del paganismo*. Traian siempre en boca la virtud, y una virtud austerísima; pero en el hecho solicitaban, como el que más, la propia comodidad. Séneca, aquel grande honor de la escuela estoica, al mismo tiempo que estaba opuléntísimo, predicaba en alto grito á favor de la pobreza. Lo que fuertemente me persuade, que los estoicos, sin excluir al mismo Séneca, eran unos hipocritones, es la evidencia de que no creían posible la misma virtud que predicaban. Querian que el varon sabio llegase á ser insensible, que puesto en los mayores tormentos estuviese alegre y sereno; que cuantas vejaciones le hiciesen los hombres, no le ofendiesen más que al sol las flechas disparadas hácia el cielo, ó á los dioses los golpes que reciben sus estatuas. Uno y otro son símiles de que usa el mismo Séneca. Ya se ve que ésta es una virtud, no sólo ideal, sino quimérica. El suceso de Dionisio de Heraclea representa bien sensiblemente la extravagancia de la filosofía estoica. Este filósofo fué largo tiempo discípulo y sectario de Zenon; gozaba entre tanto buena salud. Llegó el caso de padecer un gravísimo dolor, ú de ojos, ú de riñones, que uno y otro se lee en diferentes escritos de Ciceron; y viendo que le era imposible gozar entónces de aquella serenidad y quietud del ánimo, que tanto resonaba en la aula de Zenon, abandonó su escuela, y se dió despues á todo género de delicias.

La virtud, aunque no sólo es buena, mas tambien

capaz de hacer al hombre feliz, considerada como medio, pero contemplada en razon de término, conforme al sistema estoico y sin respecto á otro premio indistinto de ella, es frecuentemente ardua y trabajosa. Supongo que harto más virtuoso fué san Pablo que Séneca ni Zenon. Y ¿qué dijo de la virtud considerada sin respecto al premio de la vida eterna? Todo lo contrario de aquellos dos filósofos: *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus* (*Ad Corinth.*, xv): «Si no esperamos de Cristo otro bien que el que recibimos en esta vida, somos los más infelices de todos los hombres.» Y ¿por qué los más infelices? Por ser los más virtuosos.

El punto de religion es el más crítico respecto de Epicuro. Concedia que habia dioses, pero privados de todo género de manejo en las cosas humanas. Verdaderamente yo no sé cuál califique de error más absurdo, si el negar la existencia á la deidad, si concediéndole la existencia, negarle la providencia. Sospechan algunos, que Epicuro sentia diferentemente que hablaba; esto es, que no creia que hubiese dioses, pero por miedo del castigo, los concedia. En efecto, él frecuentaba los templos y asistia devoto á los sacrificios, en tanto grado, que Diógenes Laercio recomienda como sobresalientes su culto y su respeto á los dioses: *Sanctitatis quidem in Deos, et charitatis in patriam fuit in eo affectus ineffabilis.* Sospechan, digo, que todo esto era hipocresia. Bien puede ser; pero no hay repugnancia alguna en que hablase y obrase sinceramente. Supuesto que ha habido filósofos que negaron toda deidad, ¿qué dificultad hay en que otro ú otros concibiesen existente sólo una deidad ociosa, ó como titular y honoraria, feliz por sí misma y desembarazada de todo cuidado? Son sumamente várias las concepciones de los hombres. Tenemos ejemplo idéntico en Plinio el mayor. Este grande hombre, que tuvo bastante luz para conocer que eran fabulosos todos los dioses que adoraba el gentilismo, y sentó por basa fija, que si habia deidad, era una sola; puesta esta hipótesis, cayó en el mismo error de Epicuro, porque dijo resueltamente, que, en caso de haber tal deidad, no se mezclaba poco ni mucho con las cosas humanas, y que era cosa ridícula pensar lo contrario: *Irridendum vero agere curam rerum humanarum illud quidquid est summum.* Lo más es, que este desprendimiento del gobierno del mundo lo contemplaba, no como defecto, ántes como excelencia precisa en la deidad; y al contrario, la providencia, como ajamiento de su nobleza: *An ne tam tristi, multiplicique ministerio non pollus credamus, dubitemusve?* Pues si uno de los mayores hombres de la antigüedad, cual lo fué sin duda Plinio, concibió como perfeccion necesaria de la deidad la inaccion, por qué extrañarémos el mismo error en Epicuro? Ello, como quiera que fuese, ó extravagancia de su imaginacion, ó artificio para disfrazar la impiedad, Epicuro vivió indemne en Atenas, sin que se le hiciese causa sobre el artículo de religion. Y si Diágoras hubiese dado en la misma escotadura, desahogaria su furiosa cólera sin el riesgo de que los atenienses le persiguiesen á sangre y fuego, poniendo con público pregon en venta su cabeza. Este filósofo, habiendo sido lo más de su vida supersticiosamente devoto con sus dioses, en edad algo



avanzada, casi de repente se hizo ateista. El motivo fué de los más ridículos del mundo. Era Diágoras, no sólo filósofo, mas tambien poeta. Sucedió, que otro de la misma profesion, pero de inferior númen, le robó ciertos versos que habia compuesto. Hízole comparecer en juicio sobre el hurto, Diágoras; tomósele juramento al delincuente, y él falsamente juró que los versos eran composicion suya. No habia testigos; con que el reo fué absuelto, y publicó despues los versos como propios, recibiendo por ellos los aplausos, que eran debidos á Diágoras. De tal modo le desbarató á éste el entendimiento la indignacion, que, sin más ni más, empezó á publicar que era un error del mundo el pensar que habia dioses; porque si los hubiese, ó no permitirian, ó castigarían la insolencia de su ofensor, bien léjos de coronar inicuaamente el hurto con el premio del aplauso. Podria, digo, Diágoras con el sistema teológico de Epicuro desahogar la ira sin arriesgar la cabeza, pues para el efecto de triunfar impunemente la maldad, lo mismo tiene carecer la deidad de providencia, que carecer el mundo de deidad; y los atenienses le tolerarian aquella blasfemia, como se la toleraron á Epicuro.

Lo que hace á nuestro propósito es, examinar si el error teológico de Epicuro hacia consecuencia á la desreglada vida que le atribuyeron sus émulo, y que vulgarmente se le imputa. Confieso, que el que hiciere juicio de que un hombre que niega á la deidad la existencia, ó la providencia, aún concedida la existencia, es de perversas costumbres, acertará, por lo comun, en cuanto al hecho; pero errará siempre en el derecho, si eso sólo lo considera como consecuencia necesaria del errado dogma. La razon es, porque hay hombres que carecen de vicios, sólo porque carecen de pasiones. Hace en ellos el temperamento lo que en los demas la virtud. El vicio supone necesariamente un apetito depravado, y el apetito depende de la complexion individual. Así, el que, por ser naturalmente dotado de un temperamento muy benigno, no tiene inclinacion alguna á los desórdenes de la gula ú de la lascivia, aunque crea que no hay Dios, ó que, aunque le haya, no castiga esos desórdenes, será templado y casto. Lo mismo digo de los demas vicios y de las demas pasiones viciosas. En efecto, ateista de buenas costumbres, si es monstruo, es monstruo que ya se vió algunas veces. Plinio dudó de la deidad, y en caso que la hubiese, le negó la providencia, como dijimos arriba; con todo, nadie puso la menor tacha en su modo de vivir. Era templado, sincero, amantísimo de la equidad; sus escritos están llenos de inectivas contra los vicios, tan energiosas y fuertes, que se conoce le salian del corazon. Y en fin, dos de los mejores emperadores que tuvo Roma en tiempo del gentilismo, Tito y Vespasiano, le estimaron mucho, y ocuparon siempre en importantísimos empleos. El famoso ateista de estos tiempos, Benito Espinosa, vivia siempre retirado, y ocupado siempre, ya en el estudio, ya en fabricar telescopios y microscopios; hombre sóbrio, continente y pacífico. Contra el inglés Tomás Hobbes hubo bastantes sospechas de ateismo, sin que fuese jamas acusado ó notado de iniquidad alguna. Pues ¿por qué Epicuro, con toda su errada creencia, no podria vivir exento de los vicios de que vulgarmente le acusan? Y siendo posible,

debemos creer el hecho por los muchos y graves testimonios que hay á su favor. Si acaso se me respondiese que la vida compuesta de los ateistas era mera apariencia ó simulacion para huir ó el castigo, ó la infamia, digo, que para mi intento basta, pues no pretendo calificar de hombre de verdadera virtud á Epicuro; si sólo convencer de falso lo que se dice, ya de su torpe doctrina moral, ya de sus glotonerías y obscenidades.

El último capítulo de presuncion contra Epicuro, que consiste en el torpe modo de vivir de algunos sectarios suyos, es totalmente despreciable. El argumento que contra Epicuro se haga, de que algunos relajados de su escuela interpretaron á favor del vicio su doctrina, es semejante al que se haria contra la Iglesia católica, de que los novatores entendieron mal el Evangelio. Conoció la antigüedad dos géneros de epicuristas, unos rígidos, otros relajados. Estos segundos eran, como herejes del epicurismo, desertores de Epicuro, con el nombre de sectarios. La autoridad de Ciceron viene aquí clavada: *Ac mihi quidem* (dice, libro II, *De finibus*) *quod et ipse (Epicurus) bonus vir fuit, et multi Epicurei fuerunt, et hodie sunt, et amicitias fideles, et in omni vita constantes et graves, nec voluptate, sed consilio consilia moderantes, hoc videtur major vis honestatis, et minor voluptatis.* Si Epicuro fué buen hombre y honesto, los que con nombre de sectarios suyos vivian torpemente, ¿por qué no se han de descartar como espurios? Si de los que se llamaban sectarios suyos habia muchos buenos, aunque tambien hubiese muchos malos, ¿quiénes se ha de creer que exponian sinceramente la doctrina de Epicuro, éstos ó aquellos?

## § IV.

## PLINIO EL MAYOR.

Infeliz personaje hace Plinio entre los literatos de escalera abajo. Nada más es que un embustero, que llenó su *Historia natural* de patrañas. Esto ha dependido, en primer lugar, de los autores secretistas, los cuales, para calificar con la autoridad de Plinio muchas maravillas que falazmente nos prometen, citan á Plinio, no sólo para lo que Plinio no dice, pero, lo que es mucho más, para lo que abierta y claramente reprueba. Frecuentemente hace Plinio mencion de varios secretos prodigiosos ú operaciones raras de la magia; pero siempre con irrision y desprecio, tratando de charlatanes y embusteros á los autores de ellos. Siempre, he dicho, y no me retracto. No se hallará secreto alguno en todo Plinio, de estos que tienen algun carácter de portentosos (siendo muchos los que refiere), á quien no eche el repulgo de patraña, mentecatez, ficcion de los que se llaman magos, etc. Y ¿qué hacen los secretistas? Proponen el secreto, que leyeron en Plinio, como verdadero, callando dolosamente, que Plinio hace burla de él. ¡A cuántos necios han traído al retortero con la invencion de que pueden hacerse invisibles cuando quieran! Este gran negocio se compone trayendo consigo la piedra heliotropia con la yerba del mismo nombre. Esta milagrosa receta se halla en Plinio (libro xxxvii, capítulo x), pero tambien se halla cosida con ella la censura más fuerte que se le podia arrimar; pues dice Plinio, que en un dispa-

rate de este tamaño se ve clarisimamente la osadía y desvergüenza con que mienten los que se apellidan magos: *Magorum impudentia, vel manifestissimum in hac quoque* (la piedra heliotropia) *exemplum est.* Lo mismo sucede en todo lo demas. Y en el libro xxx, capítulo I, con un rasgo sólo condena toda la cáfila de operaciones mágicas, llamando á la magia la más engañosa y falaz de todas las artes, *fraudentissima artium.*

Aún de los secretos menores, que no tienen carácter alguno de increíbles, como son comunmente los medicinales, habla con tanta circunspeccion, que apenas propone alguno afirmativamente. Siempre, ó casi siempre, da traslado á los que lo dicen, sin tomar cosa por su cuenta: *Dicunt, ferunt, tradunt, etc.*, y muchas veces expresa en particular el autor.

Mas, como son pocos los que leen á Plinio en Plinio, si sólo en las infelices copias, que hicieron de él tantos charlatanes y embusteros, creyéndose comunmente que tienen por autor á Plinio las ridiculas ficciones que le atribuyen, ha llegado este grande autor á padecer la ignominiosa vulgar opinion de poco verídico ó nada sincero.

Lo peor es (quisiera callarlo, y el santo desengaño me manda decirlo) que no sólo secretistas y charlatanes han puesto á Plinio en esta mala opinion, mas aún escritores de muy diferente nota. ¡En cuántos escritos filosóficos, en cuántos sermones impresos, y aún en libros de ética y mística, se ha hallado citado Plinio como legitimo autor de tales patrañas! Supongo que los más le citan con buena fe, porque le hallaron citado en otros. Pero Dios nos libre de que á un predicadorcillo de los triviales le venga bien para símil ó para alusion alguna de las quimeras que desprecia Plinio, que no dejará de encajarla, á la sombra de su autoridad, como afirmada por él.

Otra ocasion del descrédito de Plinio es la multitud de prodigios naturales, en gran parte falsos, que refiere en su *Historia*, especialmente de gentes monstruosas y de raras cualidades, como pigmeos, hombres sin cabeza y con los ojos en los hombros; otros con cabeza canina; otros con un ojo sólo, y ése colocado en la frente; otros con los piés vueltos atras; otros con dos pupilas en cada ojo; otros de piés tan grandes, que, echados, se hacen sombra á todo el cuerpo con ellos; otros que ven mejor de noche que de día; nacion entera de hermafroditas, gente que sólo se sustenta de olores; otra donde todos los individuos son fascinantes, etc. Como las frecuentes peregrinaciones de los europeos en estos últimos siglos han penetrado todas las provincias del mundo, y en ninguna han hallado tales monstruos, fué fácil sospechar, unos que todos habian sido fabricados en la cabeza de Plinio, y otros creer que Plinio habia sido neciamente crédulo á relaciones de viajeros mentirosos.

Una y otra calumnia se redarguye con evidencia. La primera, porque al pié de cada noticia de aquella clase expresa el autor de donde la derivó. La segunda, porque ántes de proponer aquella turba de prodigios, hace la protesta de que no sale por fiador de la verdad ó existencia de ellos, y remite al lector para que se entienda con los autores que cita, y que se ofrece exhibir á cualquiera que llegare á proponerle su duda: *Nec tamen ego in plerisque eorum obstringam fidem meam potiusque*

*ad auctores relegabo, qui dubiis reddentur omnibus.*

Para complemento de esta defensa de Plinio, expondrémos aquí el juicio que de él y de su *Historia natural* hicieron algunos hombres eruditísimos y críticos de primera nota. Celio Rhodiginio llama á Plinio «varon doctísimo», y añade que «sólo á los indoctos desagradan sus escritos». Gerardo Juan Vosio apellida á su *Historia* «obra grande y nunca bastantemente alabada». Josefo Scaligero, cuya errada creencia no le estorba ser uno de los primeros votos en esta materia, pronuncia, que la *Historia natural* de Plinio, «por el mismo caso que es tan grande y excelente, desagrada á los entendimientos vulgares.» Lansio le da el título de «bibliotecario de la naturaleza». Angelo Policiano le ilustra con los de «colector de todas las cosas memorables, juez supremo de los ingenios, censor agudo, admirador discreto». El jesuita Drexelio le predica «panegirista nobilísimo de la naturaleza, y hombre de prodigiosa erudicion»; y en otra parte, «perspicacísimo indagador de la naturaleza.» Justo Lipsio dice, que «no hubo cosa que Plinio no leyese y supiese, y que en sus escritos juntó cuanto sabian griegos y romanos». Los dos elogios que nos restan, pertenecen más directamente al asunto de esta apologia. El primero de Guillermo Budeo, que le da el atributo de «supremamente verídico», que eso significa con propiedad la expresion de *veritatis antistes*, de que usa Budeo. Tomás Dempstero los de «escritor diligentísimo, elocuentísimo, veracísimo, incomparable»; y en fin, sentencia, que es uno que vale por todos: *Unus omnium instar.* No hay más que decir.

## § V.

## LUCIO APULEYO.

Siempre he extrañado que el docto Gabriel Naudeo, en su erudito libro intitulado *Apologia por los grandes hombres sospechados de magia*, no introdujese la de Apuleyo, contra quien están mucho más vulgarizadas las sospechas de magia que contra muchos, cuya inocencia defiende en aquel libro, y no con tan leve fundamento. Séase cual se fuere la causa de aquella omision, la suplirémos ahora, y podrá servir este parágrafo de adición al libro de Naudeo.

El rumor de la magia de Apuleyo empezó viviendo él, propagóse despues de su muerte, y aún hoy se conserva en el vulgo literato. Es cierto que fué Apuleyo acusado en toda forma del crimen de magia ante Claudio Máximo, procónsul de África; en cuyo proceso el mismo reo hizo el oficio de abogado, y como elocuentísimo que era, defendió excelentemente su causa. Esto todo pasó entre gentiles. Éralo el juez, éralo el reo, éralo los acusadores. Muerto Apuleyo, dando ocasion para ello los mismos gentiles, se extendió latamente entre los cristianos la fama de su magia, la cual se ha ido conservando, como he dicho, entre los literatos vulgares; pero no con tan absoluta exclusion de los verdaderos sabios, que no hayan caído en este error algunos de más que ordinaria literatura; en que de nadie me admiro tanto como del doctísimo Luis Vives, que no dudó de afirmar como cosa cierta y constante la magia de Apuleyo (*in lib. xviii De civit.*, cap. xviii).